

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 21 de Septiembre de 1899

Núm. 461



Hay quien quiere ser cigarro
de esta niña encantadora,

para arder y consumirse
en su provocante boca.

Reutlinger.

El triunfo de Dreyfus

Algunos años atrás hablé yo de la probable inocencia de Deyfrus; no tenía prueba alguna, ni la tengo ahora tampoco, naturalmente, como no la tiene (por lo menos á ojos vistas) de su culpabilidad el Consejo que acaba de *condenarle* por segunda vez; no tenía yo más que una convicción moral, y voy á repetir brevemente como la obtuve.

No trataban entonces los periódicos del drama que se ha convertido en tragicomedia; se había dado cuenta á título de información de todo lo concerniente á este caso: y el único interés que ofrecía el asunto no estribaba en el proceso, ni en la condena, ni en el individuo castigado por la ley. sinó en la repetida y temerosa amenaza de una turbación europea, de un tumulto universal, inicuo, monstruoso, que mantiene á los pueblos arma al hombro, arruinándolos. embruteciéndolos, arrastrandolos al abismo en que, si Dios no lo remedia, se han de hundir estas decrepitas y miserables razas de occidente. Dreyfus no tenía ya para la gacetilla ramplona más importancia que la de un forzado cualquiera; no había ningún *reporter* que presintiese su popularidad. Dreyfus habría muerto, inocente ó

culpable, en la isla del Diablo á no levantar la voz los psicólogos, los intelectuales, aquellos precisamente que, según Balzac, influyen con sus enseñanzas en los acuerdos de los legisladores; aquellos que figuran como antecedente para determinar el documento escrito; aquellos que acostumbrados á conducirse y discurrir por los laberintos de la razón, preparan las conquistas del alma humana.

Las cartas íntimas. las cartas particulares que escribía Dreyfus á su mujer, cuando él mismo sentía pesar en su sér la nulidad casi absoluta (ó tal vez sin casi) de su persona, sirvieron para que despertara el espíritu público; y no podían levantar la voz los que deducen las leyes ni los que las aplican, sinó los que las inician, los que las preparan con sus descubrimientos morales: los filósofos.

No es esto decir que yo me cuente entre ellos: pero digo palabra de verdad consignando que leí esas cartas, cuando aun

no hablaba de ellas ningún periódico español y los franceses las reproducían á título de curiosidad, sin comentarios y por indiscreción noticiara. Dreyfus no sabía al escribirlas que iban á rodar en letras de molde, ni contaba con ello; las cartas trascendían á intimidad, como trascienden los perfumes de las rosas: el Hombre no protestaba de su inocencia ante el mundo, sinó que descubrían, aquellas íntimas y *secretas* declaraciones de marido á mujer, al inocente. Veíase en esas cartas al sér resignado con la tremenda injusticia, que no esperaba nada ni quería nada de la rehabilitación aparatosa de sus semejantes, seguro con una seguridad admirable, de que el cabeza de familia, el marido amoroso, no había perdido ni una línea en su autoridad paterna, augusta; que no ambicionaba otro consuelo, otra ventura, que poderse aislar del mundo en donde no había para él más que odios y desprecios, y constituir un hogar en el desierto, á donde no llegasen las miserias, las podedumbres de la civilización, calentado como los nidos de los pájaros, por el fuego del cariño y por la misericordia y la providencia de Dios.

Eran conmovedoras, eran dulces y poéticas las cartas de Dreyfus; tenían, para mí á lo menos, no sé qué acento noble de verdad, y así lo declaré y lo hice público en un diario de esta población; algo más tarde levantó su voz enérgica y viril Zola, y se formó la marejada que había de agitar y conmover á los pueblos todos del mundo. Ahora el mundo entero abraza esa misma convicción moral, que me impulsó entonces á inclinarme en favor de una inocencia que no han negado, á pesar del veredicto, los jurados de Rennes; y yo después del fallo incomprensible, contrario á toda doctrina jurídica, me considero en el deber de confirmar



Por si se pesca algo.

mi juicio y de robustecer mi voto de conciencia emitido con tanta anticipación. Creo más que nunca que Dreyfus es inocente.

La condena de Rennes no anonada, no degrada, no envilece á Dreyfus. Dreyfus condenado ha conseguido un triunfo contra sus enemigos; la convicción moral no es una prueba; pero ahora se necesita una prueba indiscutible, plena, para declarar traidor á Dreyfus. Dreyfus está absuelto con todos los pronunciamientos favorables en la conciencia universal.

No se trata de un hombre; la lucha está claramente entablada entre el oscurantismo y el progreso, entre las sombras y la luz; Francia ha creído asegurar su derecho al desquite, y ha perdido en el pleito la partida. Es sensible que la Francia republicana, la Francia que conquistó y proclamó los derechos del hombre, y que era centinela avanzado de la libertad, dé tan triste ejemplo en las postrimerías de un siglo en que aun levanta su cabeza el monstruo de la barbarie; pero consuela el ánimo ver que el mundo entero, con unanimidad sin precedentes, se decide por la causa de la Civilización.

CLAK



Travesuras campestres.

Suspiros

I

No juegues así conmigo,
mira que no me conoces;
haz caso de este proverbio:
«El hábito no hace al monje»

II

No jures más que me quieres;
eso es la misma mentira
que usáis siempre las mujeres!

III

Si te preguntan por mí,
responde, por caridad,
que nunca me has conocido,
¡y dirás una verdad. .!

IV

Al mirar tus ojos negros,
he visto dos asesinos
que allí estaban en acecho...

V

Me dicen que no te quiera,
porque tienes *un lunar*;
pero yo siempre con testo:
¿Es envidia, ó caridad?

VI

¿Qué es, dices la hipocresía?...
Un pecado que es virtud
en la inmensa mayoría.

VII

En la fuente de tu amor
me lavé un día la cara;
desde entonces no he podido
usar otra palangana.

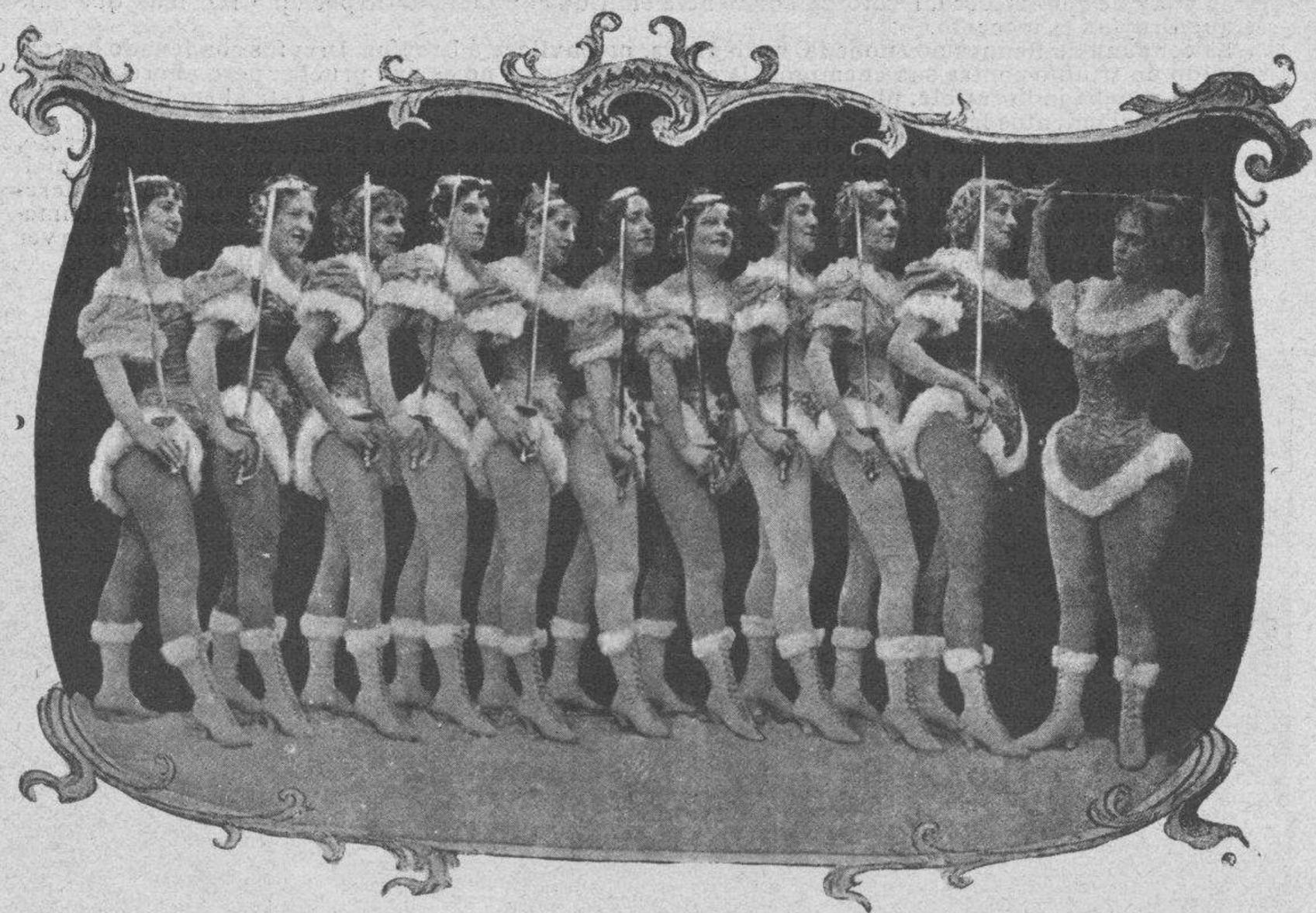
VIII

No alabes tus sentimientos:
¡Careces de corazón
y no pueden ser muy buenos!

IX

No me acrices, aparta,
que son mujer tus caricias
como el puñal traicionero
que dá calor á la herida.

JOSÉ HÉREZ DE LA RUEDA



La Modelo

V

¡Arre allá, bruto!

Poco después de la memorable escena en que Jorge regalara á la mujer de Antón Rodríguez «toda una señora fortuna», como decía la aldeana, salió el forastero al campo, es decir, á los escarpes riscosos, rispídos, porque campiña lo era todo allí: sentía anhelo de respirar libremente, á sus anchas, perdido en la soledad nemorosa. Por fortuna, Petra había ido á los Algorines (donde el *Baile* estaba por aquellos días muy atareado en la operación de ordenar aceitunas) con el intento de poner en autos á su esposo, y con ella llevó á Toñica que no soltaba sus *paomas*, y á Perucho. Seguíanles los dos perros. Levia pudo transponer el umbral sin que lo estorbasen alma nacida ni bicho viviente; saltó el vado del río, escaló los primeros promontorios, y fué á sentarse, ya en la falda del Montgris, junto á unos abetos que hacían umbrátil el lugar, ofreciendo al cuerpo descanso y frescura.

Era una mañana alegre, llena de sol. El espíritu de Jorge sonreía también, y en su pensamiento no había más que fiesta y alborozo. ¡Qué hermosa estaba la naturaleza y cuánto tiempo que no la veía tan rozagante! ¡Y qué dulce era vivir, y qué vanos y estúpidos los que buscan en la postración suprema, en el agotamiento de todas las energías, reposo y quietud! Resonaban en sus oídos, como si las murmurase la brisa oreando en las hojillas siempre verdes de los albares, estas palabras: «Me preguntó por tí y me encargó que te saludase. Está guapísima.» Y el eco juguetón coreaba «guapísima, guapísima», con un ritmo, con una música como no tenía recuerdo de haber escuchado jamás.

Guapísima, claro: más guapa que antes: él ya se la figuraba después de la dura y larga pesadumbre, de la inconsolable tristeza, de la crisis angustiosa, renaciendo como renacen el verdor y la lozania en los campos pasado el sueño invernal: abriendo la boca sonriente: dejando que se dilatasen las pupilas y que irrisara en ellas la luz. Sí, sí: la veía delante de sus ojos; estaba allí acariciándole con sus miradas, besándole con sus sonrisas. Entre los cambios de luz que formaba el sol, se iba delineando el busto: un poco más lleno que en las horas felices de su devaneo tiernísimo, cuando vivía con ella, junto á ella, en aquel otro mundo que había creído perder para siempre; un poco más pálida la tez, pero sin que se hubiera borrado una sola de sus curvas deliciosas, ni amortiguado una sola de sus líneas ondulantes. El vestido de medio luto acababa de hacerle el cuerpo más gracioso. ¡Qué bien estaban con los guantes negros las manos! Parecía una reina; tenía toda la majestad



Cloww delicioso.

de la mujer soberana. Hasta los palmitos del abrojal canturreaban acompañando la cadencia de los abetos: «¡guapisima! ¡guapisima!»

Sí, estaba allí; había venido de allá lejos á todo el correr del abrigo, por permisión divina, y abandonaba los aires sutiles para decirle:

—Jorge, ya te he perdonado.

¿Le perdonaba Antonia Bellido? ¿Y por qué nó, si el crimen suyo no era otro que el de haberla amado con todo el impetu de la sangre loca, irritada? ¿Tenia él culpa de la muerte de Zemprana, su esposo? Nó, él había hecho esfuerzos de titán para arrancarle á la condena durante aquella tremenda batalla que libró en el Casino de Valdehumbroso contra los padrinos del sucio, del infame Carrascosa; y había hecho más: había querido sacrificarse, morir él: había tenido el pensamiento de redimir su falta interponiéndose entre el cuerpo del mártir y la bala del homicida. ¿Qué fuerza incontrastable, invencible, le mantuvo quieto, firme en su sitio, cuando sobrevino la catástrofe cruenta, dolorosa? Ahora, recobrando el imperio de su voluntad, lo veía claro: su abnegación no hubiera hecho más que arrastrar por el lodo la honra de su amada, de la pobre mujer. Muerto él, Zemprana no habría quedado satisfecho; su muerte, su sacrificio no evitaban tampoco el lance, sinó que agravaban la querrela, complicando la cuestión. El nombre de la viuda quedaba así limpio de todo pensamiento liviano; nadie les tenía en la ciudad por pecadores, porque el desastre final, el postrer acto del drama, no se habían desarrollado sinó en la alcoba del moribundo, sin que llegara hasta lo íntimo de sus conciencias otra mirada escrutadora que la de Dios.

Entonces, en aquel momento lúgubre, de espasmo terrible, era verdad que sólo había oído retumbar en su cerebro esta acusación implacable, aguda: «tú le has matado, tú», y aquella voz indescriptible de su querida llamándole «¡asesino!» «¡asesino!» que le obligó á huir por la inmensidad de las campiñas desoladas, loco, perdida la conciencia del sér en una noche más triste que la que envolvía al hemisferio. ¿Pero no habían purgado ambos, Antonia y él, el delito de amarse? El dolor lava todas las culpas, lava todas las almas y las deja brillantes y relucientes como el acero bruñido. En su locura no había otra mancha sinó la que imprime la edad irreflexiva, impotente para oponerse á la impetuosa atracción de la carne cumpliendo una ley fatal. Antonia Bellido no fué su concubina; fué la hembra amorosa, fué la mujer amante. Estaba él seguro de que allá, en la serenidad apacible y majestuosa de los cielos, Zemprana, el víctima, perdonaba también. ¿No había querido unirlos, casarlos, antes de conocer la magnitud de su desgracia? ¿No dejó escrita antes de dirigirse al lugar del duelo, la voluntad de que el amigo Jorge amparase la viudez de su compañera? ¿Por qué ahora que conocía (Jorge estaba seguro de eso, de que lo conocía) la sincera y noble excel-situd de los sentimientos que les habían hecho caer en la comedia vulgar, ya desligado de toda preocupación terrena, no había de perdonarles? Y siendo el espíritu del hombre bur-lado misericordia, la mujer adorada, que se sentía renacer á la nueva primavera de su juventud, ¿cómo negarle aquella bendita redención? No cabía duda: «Me preguntó por tí y me encargó que te saludase». ¿Esto no era lo mismo que decirle que le rehabilitaba en su concepto, en su conciencia, en su cariño?

Pensando así Jorge el iluso, el de imaginación perennemente exaltada y férvida, el enfermo incurable que pasaba la vida en un continuo trasoñar, y para quien era fácil y hacerlo el infundir á las figurillas vanas de su fantasía no sé qué soplo de vida, no vió que se le plantaba delante Antón Rodríguez. Traía el *Baile* un ceño muy obscuro, y un humor de todos los diablos. Se le abrian y cerraban las manos nerviosamente. Diríase que la frase rebelde al pensamiento desmayaba en la boca antes de salir. A la postre se decidió:

—Señorito Jorge...

Levia se agitó como si acabaran de arrancarle violentamente de un sueño:

—¡Ah! ¿Eres tú, Antón? ¿Qué ocurre? ¿qué cara es esa? ¿Y Toñica y Perucho? ¿Les ha pasado alguna desgracia? Vamos, di pronto.

El gañán metió mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó un paquete, lo deslió, y alargó el brazo presentando á su huésped las pajaritas de papel.

—Vengó á que me diga el señorito Jorge con qué derecho regala cincuenta mil pesetas á mi mujer, y quiero que me explique por qué á Petra parece habersele caído el mundo encima desde que el señorito Jorge le ha dicho que se nos va. El señorito...

—¿Qué señorito, ni qué mujer, ni qué calabazas? Yo he regalado eso á Perucho y á Toñica, y si no quieres conservar los billetes se los das á tus hijos para que se diviertan haciendo *paomas* y pájaros. ¿A que salimos con que estás celoso? ¿Conque?... ¡Tendría gracia, hombre, tendría gracia! Y si vuelves á soltar tamaño disparate te arranco la lengua y te la pico. ¡Arre allá, bruto!

Antón Rodríguez dió una furiosa patada en el suelo gritando:

—¡Nó, señorito Jorge, nó!

J. F. Luján

Tres hembras y cuatro tiros

En este alto mundo (no me da la gana de llamarle bajo porque me consta que hay muchos que no llegan á su estatura); en este alto mundo, digo, no hay nadie que no haga algo. La ociosidad es una palabra... ociosa: á lo sumo representa un ideal de imposible realización. Esos ricos que alteran la bilis de los pobres envidiosos, no se pasan la vida sin hacer nada: hacen tiempo, hacen el oso, hacen el primo... sobre todo esto último.

Y todavía está vivo Atanasio Pezuñarte que no me dejará mentir.

Es joven, tiene dinero y su vanidad llega al extremo de asegurar que no hace nada, absolutamente nada... Al parecer no le falta razón; pero yo, que conozco su historia, sé que las apariencias engañan.

Allá va la prueba.

Pezuñarte, como otros muchos, no pudiendo aspirar á los dictados de hombre de talento, ó sabio, ó valeroso, ó trabajador, pone todo su empeño en conseguir fama de tenorio.

Su primera conquista no fué precisamente la de Granada, sinó la de una Granadina que el mes antes de dejarse conquistar había entrado á servir de doncella en casa de los padres de Atanasio.

Este llama buena suerte á lo que le pasó... Y lo que le pasó fué que á las pocas semanas de idilio amoroso sobrevinieron el autor de los días de la doncella de labor y tres hermanos suyos, cada uno más bruto que el

otro, y entre los cuatro arrancaron á la familia de Pezuñarte cinco mil pesetas como otros tantos solas, á calidad de indemnización de los desperfectos causados por el niño. Conseguido esto, lleváronse á la ex doncella, quien apenas llegó á Granada... sacó de la Inc'usa una criatura de dos años... y se casó con el papá de la criatura, que puso una abacería con los consabidos mil durejos.



De palique.

Pezuñarte creció, no porque de su parte pudiese nada para conseguir tal progreso, sinó porque también crecen los alcornoques y los que no lo son y todo lo que no es materia inorgánica que no recibe adición ó superposición de capas con ó sin embozos. Sus padres se murieron sucesivamente, porque es muy raro que un matrimonio se muestre acorde ni aun para morir, y Atanasio campó por sus respetos y se lanzó á la vida, si no airada, aireada, pues se pasaba la mayor parte del día en la calle siguiendo á cuantas mujeres tropezaba, echándolas chicoleos y declarándolas su ardiente, impetuosa y espontánea pasión, á poco que ellas le dieran pie para que él metiese la pata.

Tuvo una colección de aventuras de menor



En el bosque.

cuantía que no merecen la pena de ser referidas.

La costurera que se enternece cuando un señorito se brinda á llevarla el lío; la chalequera sensible y desgraciada que no había nacido para tan modesto oficio y que pega botones porque a su papá, intendente en Filipinas, se la pegaron en una sociedad de crédito donde colocó todos los fondos que había ganado honradamente robando á los caucásicos y á los malayos; la señorita cursi, de excelente familia que entrega su corazón y algo más de añadidura, á cambio de dos medias tostadas (una para ella y otra para la autora de sus días); la corista de irreprochable conducta que á las primeras de cambio pierde la *i* y la primera de las *rr*... Todas estas y otras que tales, figuran en la lista de las víctimas de Pezuñarte, hasta que al fin tropezó con una viuda.

No hay tropezón de peores consecuencias. Imagínense los lectores que son toreros, lo cual, entre españoles, no es mucho imaginarse. Lidarán sin dificultad Carriquiris, Cámaras, Veraguas, Miuras; no experimentarán accidente alguno con ninguna res; pero de pronto les sueltan un bicho inclusero, de ganadería desconocida, un pajarraco que, si es preciso, por, capricho de la suerte,

nació y creció en un establo de vacas, fué destinado á las mojigangas y á las corridas de novillos embotadas, y por fin, luego de corrido mil veces y picardeado, sale en puntas á la plaza. ¿A que pasan con él la pena negra y van á la enfermería por hábiles que sean en el manejo del trapo? Pues eso es una viuda, no un trapo, sinó una res corrida y picardeada, salvo tan honrosas como contadas excepciones.

La segunda conquista de Pezuñarte, viuda según he dicho más arriba, puso las peras á cuarto á su conquistador; pero á cuarto... de millón, pues á tres céntimos, diga lo que quiera el refrán, son muy baratas.

Atanasio estuvo hasta á punto de casarse con ella, y sólo se libró de tan mortal cogida tomando el olivo, es decir, largándose con viento fresco al extranjero, á fin de poner una honesta distancia entre él y la viuda de sus pecados y de los de otros.

Luego entró en cuentas consigo mismo y calculando que, amén de las conquistas de ciento en boca ya enumeradas, había seducido alevosamente (en su concepto) á una doncella y á una viuda, dijose que para que su amor recorriese toda la escala social, érale preciso hacerse amar de una casada.

Después de entrar en las susodichas cuentas, entró en un café y allí encontró lo que le convenía: una joven simpática, acompañada de otra no tan simpática ni tan joven como ella, que de buenas á primeras le

confesó que su marido estaba ausente y que ella era muy desgraciada y... en fin, que cuatro días después Atanasio y su víctima estaban cenando tranquilamente en un gabinete reservado de una fonda de primer orden, cuando de pronto, como es uso y costumbre en las novelas por entregas, abrióse la puerta y un hombre de adusta faz, mal trajeado y con la diestra armada con siniestro revólver, apuntó á la feliz pareja y...

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!...

Clavó cuatro balas en la pared, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Infames!

—¡El! ¡mi esposo! — gritó ella.

Atanasio, poco amigo de meterse en cuestiones de familia y tentándose el cuerpo para convencerse de que no le había tocado ningún proyectil, trató de echar á correr; pero el indignado marido cogióle por un brazo y le dijo con cavernoso acento estas fatídicas palabras:

—¿Ha pagado usted la cuenta?

—¡Ah! ¡no! — repuso ingenuamente Pezuñarte.

Y sacó la cartera, bien provista de billetes, según su costumbre (la del dueño; no la de la cartera).

El ofendido esposo se apoderó de ella y añadió:
—Yo pagaré y luego vendréis los dos al cuartelillo, sin perjuicio de lavar después mi honor con tu vil sangre...

Pezuñarte, menos amigo aun de semejantes lavatorios, salió escapado dejando que los consortes se las arreglasen como pudieran.

Y ellos se las arreglaron... acabando de cenar alegremente y llevándose á casa los billetes del muy... primo.

¡Luego se sostendrá que no hacen nada los ricos como Atanasio Pezuñarte!

BLAS QUITO



Aunque ibas tú disfrazada
no te pude confundir,
se te refán los ojos:
por eso te conocí.



Mi heline.



Miss Norma Walley.

En el café

Fumando virginias,
bebiendo cerveza,
Felipe y Manolo sentados se hallaban
hablando en reserva;
y estaban tan juntas
su mesa y mi mesa
que oí, sin poder evitarlo, la historia
que copio á la letra.

— Ya sabes que en Julio
salí de Valencia
buscando una patria que premie á los genios ..
— ¿Tú qué eres? — ¡Albítar!
Me fuí pues. á Oporto;
y estaba en espera
de un buque chileno que embarca emigrantes
con rumbo á su tierra,
cuando una mañana
denuncia la prensa
dos casos de peste *borbónica*... — ¿Cómo?
— No sé; como sea.
Sentí horror, lo digo
con toda franqueza:
y en vez de irme á Chile, cogí el tren y á poco
llegué á la frontera,
Allí fué invadido...
— Pero, hombre, ¿qué cuentas?
Si fué invadido alguien ¿me dices entonces
por qué desinfectan?
— Si sólo escucharas
y no interrumpieras,
sabrías que fué el invadido mi coche.
— ¿Por quién? — Por dos hembras.
Sentóse á mi lado
la más jóven de ellas...
La miro y me mira, sonrío y sonrío,



— Estrecho. Tu zapatero debe tener horror á 'o archo.
— ¡Como todos!

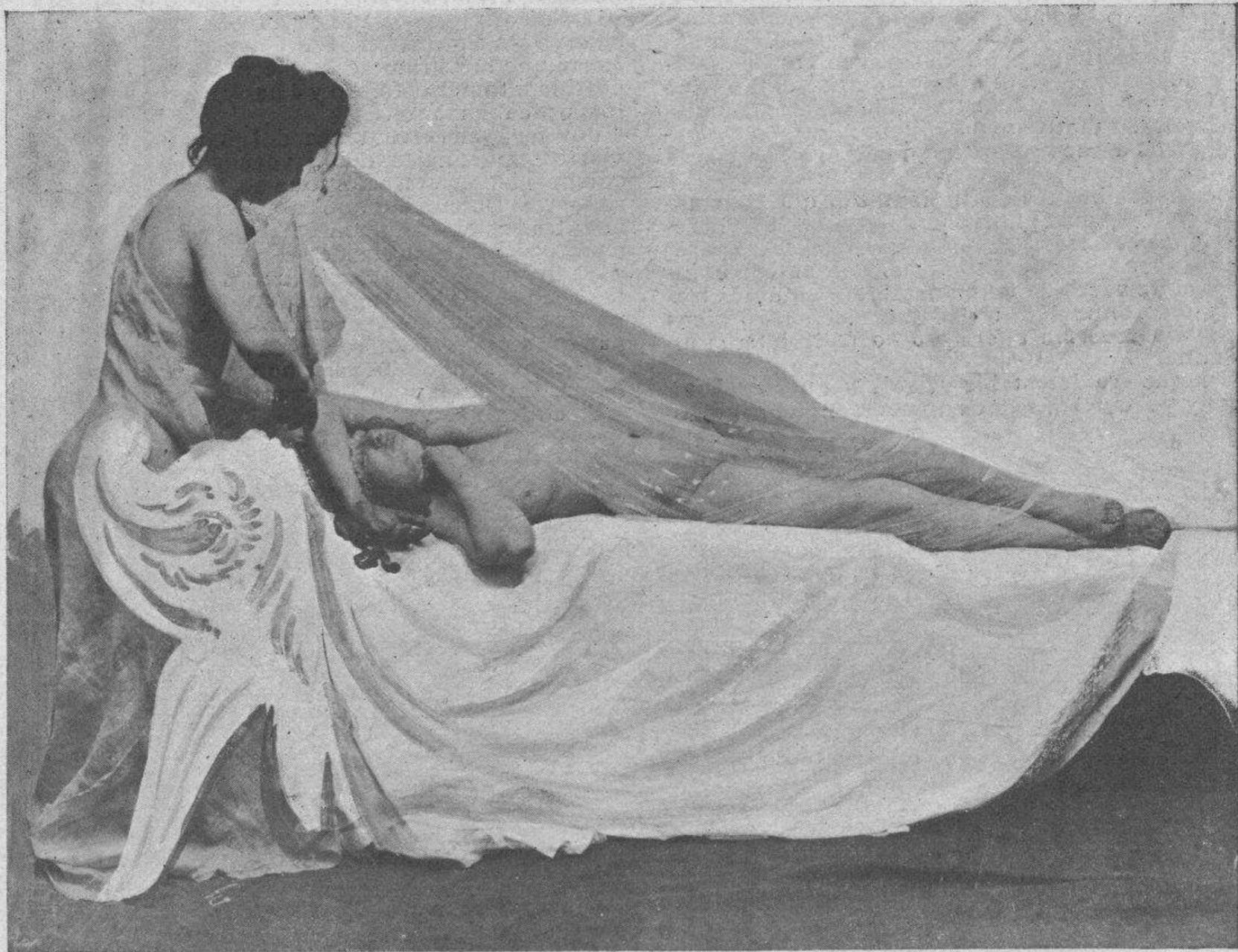
pregunto y contesta.
— Sin duda sería
venal mujerzuela.
— ¡Felipe, si insultas de nuevo á esa joven
te rompo las muélas!
Me consta, Felipe,
que es pura y honesta.
— *Dispensa, Manolo, que no lo sabía...*
— Pues tenlo ya en cuenta.
— Prosigue y sé breve
y olvida la ofensa.
— Pues bien, abreviando, diré que se llama
la joven Manuela;
que juntos vinimos
los tres á Valencia,
pues era su tía la tía que vino
pegada á su vera;
que mientras viajamos
la puse muy tierna
charlando de amores... y, en fin, que mañana
me caso con ella.
— Pero eso que dices
¿es cierto? — ¡Por estas!...
— No jures, Manolo, que miran... y tienes
las manos muy puercas.
— Según mis informes
no es rica Manuela,
pero es millonaria su tía, y mi esposa
será su heredera.
¡No es poco el dinero
que tiene la vieja!
— ¿Y nada la joven? — ¡Mejor que los peces!
— No seas babeiaca.
Pregunto si tiene
fortuna Manuela.
— No es poca fortuna casarse conmigo...
con todo un albítar!
¡Qué vida, Felipe,
si pesco esa herencial!
— Pero, oye Manolo. ¿querrás presentarme?
— Por mí, cuando quieras.

Epílogo corto.
Manuel y Manuela
se unieron y viven en Calatorao
con toda pobreza.
Felipe, más listo,
se unió con la vieja
¡y está derrochando la inmensa fortuna
que aquéllos esperan! ..

A. SERRA CUBELLS

Cuento

Visita un aragonés á un escultor.
— Vengo—dice—de parte del señor alcal-
de á que me haga usted un Dios, para el
altar grande de la iglesia.
El escultor burlándose del *maño*:
— ¿Lo quiere usted vivo ó muerto?
— Hombre... no me han dicho *náa* de eso;
pero hágalo vivo que si no lo quieren así
en llegando allá lo mato.



Sueño tranquilo.

El ideal

No sé cual fué la causa de que yo tomase parte en aquella deliciosa expedición: creo recordar que cuando llegué á la Academia de esgrima, algunos amigos habían contado conmigo, y yo, que á nada sé negarme, prometí acompañarles, agradeciéndoles la delicada atención.

Los coches esperaban, y tras de apurar una botella de champagne, para hacer boca, emprendimos la marcha en busca de las señoritas que habían de tomar parte en la expedición, y que probablemente nos esperaban ya.

Las encontramos en el lugar convenido, y, después de la obligada presentación, nos colocamos de la manera más cómoda y en la más deliciosa amalgama. Recuerdo que frente á mí se sentó Marta, niña que tenía, á más de tipo agradable, don de gentes tal, que encantaba.

La carita diminuta; los ojos soñadores, rasgados y grandes; el cuerpo ágil, flexible, delgado y esbelto... No quiero recargar mucho la mano para evitar que los maliciosos crean que estoy enamorado, como un colegial, de esta ninfa pálida. Sólo no he de dejar en el tintero que Marta era francesa y que estaba dotada de ese carácter despreocupado que tan agradable hace á la mujer.

Dándome la derecha, por equivocación, puesto que yo debiera dársela á él, iba un muchacho chileno, muy instruído, y aficionado á viajar por todos los países del mundo en busca siempre de impresiones nuevas.

Preguntó Marta que á qué me dedicaba y el chileno se apresuró á contestarle que yo era un poeta de esos, que con terquedad que él aplaude, van á caza de gloria, buscando el lado más bello

de las cosas y huyendo siempre de la realidad.

Con tal motivo, hablamos de las Bellas Artes, sin distinción, y dábame gozo oír el sereno juicio con que Marta hablaba de los escritores, pintores y escultores, alemanes, ingleses y franceses, llegando en ocasiones á entusiasmarse y hasta á palmo-tear recordando las bellezas con que el genio sabe revestir las ideas. Poco habló de españoles rogándonos que no se tomara á desaire la casi omisión, puesto que desconociendo en gran parte nuestro idioma sólo había leído el Quijote, en francés, del que hizo justo y entusiástico elogio.

Duró dos horas la marcha, que se pasaron en un vuelo, y llegamos á nuestro destino sin haber experimentado la menor molestia.

La noche (no sé si os he dicho, que era de noche y que estábamos en el rigor del verano), era agradable y fresca y mientras nos preparaban la comida en aquella especie de fonda pobre, correteamos por los alrededores de la casa, cantando y saltando, libres de las miradas de ese público que tanto molesta en las ciudades.

Cuando avisaron que podíamos cenar nos dirigimos al destartado comedor resueltos á devorar la sabrosa comida, que resultó excelente gracias á las provisiones que habíamos llevado, calculando que allí carecerían de no pocas cosas.

Venía con nosotros un señorito de esos que brillan por su dinero y que fuera de él no tienen más de estimable que su franca necesidad. Estaba el pobrecillo enamorado de Marta y hasta creo que era su admirador, y durante el viaje no había podido meter baza, porque para él indudable-

mente hablábamos en Griego. En la mesa se aumentó el suplicio del desventurado amador: Marta tuvo la maldita idea de hablarnos de hipnotismo, sugestión y espiritismo, y mientras disertábamos sobre Flammarión y Charcot, él tuvo que apelar, para salir del charco, á la socorrida indisposición, en tanto que el chileno y yo nos despachábamos á nuestro gusto en la discusión con la francesa.

Pese á los buenos sentimientos de que constantemente blasona el hombre, debo decir, que la repentina *enfermedad* de aquel ganso hubiera pasado desapercibida para todos, á no repetirlo él ininidad de veces de tal manera, que la única frase que pronunciaba: «No me encuentro bien» llegó á parecerme el *ora pro nobis* de letanía interminable:

Aunque era detestable y nadie lo quería, el chileno y yo determinamos tomar café, con objeto

de darle á nuestro compañero algo que pudiera venir en alivio de su mal, y, en efecto, él, aprovechando las circunstancias, se apresuró á salir con Marta que fué á remolque y con los demás de la partida á tomar el fresco y á hablar... de las estrellas probablemente.

Por las anchas ventanas del comedor, desprovistas de cortinajes, debió vernos Marta y oír la chispeante conversación que sostuvimos con las robustas Dulcineas que nos sirvieron el café, mientras celebraban con estrepitosas carcajadas cuanto se nos ocurría decirles. Allí hubiéramos pasado la noche entera si no nos avisan de que los coches estaban enganchados por ser hora de partir. Abandonamos el comedor y fuimos á ocupar nuestros respectivos asientos.

La conversación, llevada hábilmente por la deliciosa francesa, vino á recaer en el amor.

El chileno se vió obligado á hacer la descrip-



Descansando.

ción del tipo que más le gustaba á su parecer.

Y estuvo elocuente y hasta creo que habló con apasionamiento, que jamás había notado en él.

—Para mí la mujer — dijo — levantando un poco la voz para que no perdiéramos palabra — ha

de ser pequeña, esbelta, ágil, vivaracha; lo más humanamente femenino que pueda concebirse, de cara agradable, aunque sin extraordinarias proporciones delicadas que le hagan parecer á una muñeca perfecta.



Antes del baile.

—¿Y con esto lo ha conseguido usted todo?—preguntó la francesita.

—Nada de eso; hablo de la materialidad; porque en la parte moral, y esto es lo verdaderamente delicado, para que mi ideal resulte perfecto, necesita encerrarse, en ese cuerpecito *femenino* una templanza de alma poco vulgar; mucha instrucción; percepción clara, viveza de ingenio; en una palabra un espíritu alegre y culto.

Algo me queda qué decir; en ese ser, más espíritu que carne, debe estar por cima de todas las buenas cualidades la modestia.

Aquí hizo punto el chileno. La francesa quedó pensativa un momento, y luego levantando resueltamente la cabeza y dirigiéndose á mí:

—¿Y qué dice el poeta á todo esto?—preguntó.

—Que difícilmente pudieran encontrarse dos que piensen tan del mismo modo, como mi amigo y yo.

Hizo un gracioso gesto de incredulidad, y mirándonos fijamente:

—Creo—dijo—en la existencia de dos amores, uno de sentimiento y el otro de sensación, y yo, caballeros, disiento francamente de las ideas de ustedes y hasta me atrevo á asegurar que participan no poco de mi opinión. Para mí el ideal en amor es la bestia bajo todas sus manifestaciones.

El chileno se mordió los labios; yo le dí un significativo rodillazo y el *otro*, respiró ruidosamente lleno de satisfacción.

El ideal de Marta había recobrado la tranquilidad al oír aquella confesión.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

Tontunas

Sueco es don Justo Varillas
que presta al tanto por ciento,
y ayer tarde que en su casa
alguien le pidió dinero,
él con el aire triunfante
¡está claro! se hizo el *sueco*...

De cierto robo, un testigo
dió parte á la autoridad.
—Hombre, si les dieron *parte*
ya no se podrán quejar!...

MORENO

Cañitas

I

Mira el fondo de mi alma
y entenderás mi carácter.
Mi madre fué mi ilusión
¡Y ya se ha muerto mi madre...!

II

¡Ay qué malos pensamientos
me has borrado con las lágrimas
de tus lindos ojos negros...!

J. ENRIQUE DOTRES

Aficiones

El individuo que tiene un hijo con afición á las lides taurinas, ya puede ponerse en remojo, y no digamos nada si es una hija la que nace con tales aficiones, porque entonces... más le valiera no haber nacido.

Conozco yo á una familia, cuyo cabeza de ídem, tiene tal afición por las corridas de toros, que su mujer jura y perjura que á su marido le van á volver loco los *cuernos*, cosa que según los maliciosos está muy puesta en razón.

Pues bien: este señor á quien llamaremos don Atilano es el házme reir de todo el ministerio, donde tiene empleo... y amigo. Si alguno le pregunta por tal ó cual expediente, contesta: «hay que darle una *larga*»; si va tarde á la oficina, cosa que ocurre diariamente, dice: «me he dormido en la suerte»; al tropezar llama: «una salida en falso», y si algún empleado se desmanda en el cumplimiento de su deber, exclama en tono furioso:

—¡Señor Fulano, si vuelve usted á reincidir, me veré obligado á ponerle una vara de castigo!

Ya se sabe, en cuanto empieza la temporada, saca un abono de contrabarrera y antes se hunde el mundo que perder una corrida.

Este celoso funcionario goza más, mucho más con el saludo de un *mono sabio* ó de un torero, que con el aristocrático saludo de un ministro.

Pepito, hijo mayor de don Atilano, es uno de esos señoritos *mixtos*, ó sea un gomoso con ribetes de torero, que no tienen otra ocupación sinó la de pasarse el día en la calle de Sevilla *alternando* con la gente de *coleta* y agotando el vocabulario *caló*.

Su papá le consiguió una credencial de oficial quinto en su misma dependencia, pero allí sólo le conocen los días de pago. La otra tarde lo en-

contré en la calle y me dijo alborozado:



Conciliábulo.



NORTE AMÉRICA.—En el río Hudson.—Al N. E. del Estado de New-York cruza este cauce una extensión de 450 kilómetros, y desagua en el Atlántico por la citada capital.

- Chico, estoy loco de contento, ya he conseguido lo único que me faltaba.
 —El ascenso á ocho mil, ¿eh?
 —¿Qué ascenso ni qué calabazas? Otra cosa mejor.
 —¡Ya! El premio gordo.
 —Tampoco. ¿No has leído en los periódicos, que hace tres domingos fué cogido por un toro el novillero *Aguarrás*?
 —Yo no.
 —¡Estás en Babia! Fué cogido y ha estado á la muerte. Yo no he dejado un solo día de ir á su casa y el pobre, agradecido... ¿A que no sabes lo que me ha dado?
 —Las gracias.
 —¡Quita hombre! ¡El calcetín y la alpargata que ha tenido puesta durante la convalecencia en la pierna donde sufrió la cornada!
 —¡Caramba! Pues... que sea enhorabuena.
 Otros aficionados se dedican á ensayar en su casa las diferentes suertes del toreo. A éstos pertenece el hijo de mi casero. En cuanto llega á su domicilio, se mete en la cocina, agarra el paño de limpiar los platos, se pone delante de la cocinera y con el improvisado *capote* le da unos *lances* que... ¡ni el propio *Guerrita*!
 Pero la doméstica que está muy harta y es más brava que un toro del *Duque*, le descabrió el otro día con las tenazas de la lumbre, porque él se empeñó en tocarle la cara al rematar un *quite*.
 ¡Gajes del oficio!

Esto ocurre en el sexo *feo*, que en el débil también hay sus aficionadas.

Sin ir más lejos, ahí tenemos á la hija del médico de *Valdepitillos* con la que ocurrió hace poco un lance digno de ser conocido.

Estuvo en Madrid por San Isidro, y de regreso al citado pueblo, le dijo á su novio:

—Oye, Teodorito, no nos *azderimos* (así llamaba al matrimoniarse) hasta que tú hayas matado.

—¡Pero te has vuelto loca! ¿Quieres que cometa un crimen para que me envíen á presidio?

—¡Hombre, no seas *panoli*! Lo que yo quiero es que seas *mataor* de toros.

—¡Yo! — dijo asustado el novio, figurándose que ya le seguía un Miura.

—Nada, nada, ó eres torero ó hemos terminado.

Teodorito que estaba enamorado hasta las uñas de la hija del médico, hizo de tripas corazón, y ayudado de varios amigos, organizó una fiesta, figurando él como primer espada.

El día de la corrida, confesó y comulgó por lo que pudiera ocurrir, y hasta creo que hizo testamento.

Cuando llegó la hora de dar muerte al torete, Teodorito cogió los *trastos*, dirigió una mirada suplicante á la *Valdepitillera*, que presidía la corrida, fuese al toro y... ¡zás! rodó el zagal por el suelo como una pelota. Conducido á la enfermería se le apreció una tremenda herida en uno de los muslos.

Dos meses estuvo entre la vida y la muerte, y al fin, ya curado, se dirigió á casa de su novia, donde encontró triste y cabizbaja á toda la familia.

Preguntado el motivo, le enseñaron la siguiente carta de su novia.



Jardín de Gethsemaní, Palestina.

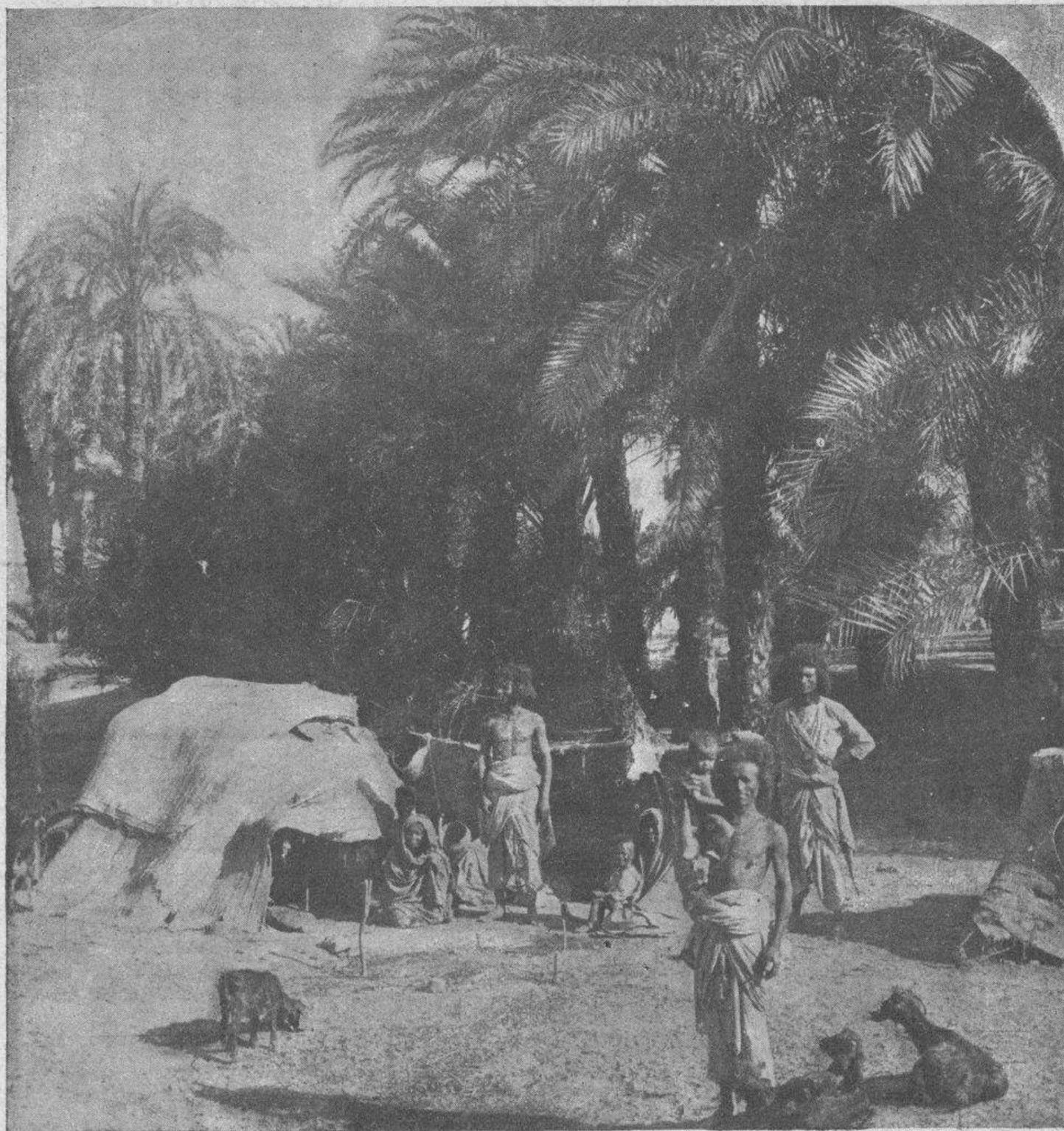
—«Queridos padres: Siento mucho darles este disgusto, pero teniendo gran afición á la lidia de reses bravas, y no queriendo unir mi suerte á la de un *maleta* como Teodorito, abandono á ustedes para figurar algún día como una estrella en el arriesgado arte de Costillares.»

Y efectivamente: ahora figura como *sobresaliente* en una cuadrilla de señoritas toreras.

¡Oh, la afición!

¡Dios nos libre de esa plaga, que es peor, mucho peor que la langosta!

ENRIQUE ASENSI



Casa Bishareen, Asia.

La madre ciega

—¿Qué ruido es ese, Lucía?
¿Quién ha movido la puerta?
—Es... el aire, madre mía.
Está la ventana abierta
—Ciérrala, que ya ha tocado
la campana á la oración.
Niña, ¿no oíste? ¡Han sonado
pasos en la habitación!
—Es... que se ha puesto á enredar
madre, el travieso perrillo,
y se divierte en saltar

jugando con el ovillo...
—Hija, acércate hácia mí;
tal vez el recelo influya,
mas me parece que oí
una voz que no es la tuya.
Ven, acércate, Lucía;
¡Niña! ¡Niña! ¡Ay, Dios! ¿Qué es eso?
—Madre... aquí estoy...
—(¡Juraría
que había sonado un beso!)
A. ARROYO MANJON



MISCELANEA



Para gracia las andaluzas, claro.
Y sobre todo si, además de haber nacido en la tierra de María Santísima, son cigarreras.

Allá vá un caso, verídico, auténtico, del propio Sevilla.

Frente á la fábrica de tabacos se pasea el centinela que está de facción. Creo oportuno hacer constar que el muchacho es también castizo, si no mienten mis informes, del propio Ronda.

Bueno, pues el soldado se para á contemplar una joven que se dirige al establecimiento, y que luce unas faldas cortas, pobres y con muchos remiendos, y encarándose con ella le dice:

—Pocas hojas tiene ese libro, maestra.

La cigarrera se vuelve, y le contesta sin detener el paso, con el peculiar y chispeante gracejo de las de la clase:

—Anda y que te den los óleos, *desaborio*. Así aprenderás más pronto la lección, morral.



Sé que de un globo es Millán capitán, y no comprendo cómo siempre está *ascendiendo* y no es más que capitán

J. SABAU Y ROMERO



Pedro acaba de casarse con una viuda de cinco maridos.

Un amigo del novio se despide en la puerta de la iglesia diciéndole:

—Te acompaño en el sentimiento.

—¿Cómo? ¿por qué?

—Porque acaban de ponerte en capilla.



Si un mago me concediera de virtud una varita, ya puedes tú figurarte lo que yo le pediría.

Que hablan algunos muebles y alguna que otra rejita...

¡y ya sería curioso ver en donde te metías!...

LUIS AGUDO.



Parece que va tomando mucho vuelo la moda de los corsés para hombres.

Propongo que se declare de uso nacional.

Y que se prohíba llevarlo á las mujeres.

Es la única manera de conseguir el triunfo de la regeneración.



Amigo, estamos de luto ha muerto nuestro empresario y no cabe otro remedio que el de cerrar el teatro.

—Hombre, lo siento de veras porque en todo ha sido raro.

Ya ves tú, ¡si hasta al morir os ha hecho «El morir matando»!



En una sastrería, después de la prueba.

—No lleve V. la cuenta á casa. Présentesela al primo de mi mujer.



CHARADA

En la *prima dos* tranquilo la otra noche descansaba, cuándo me dió la patrona

un conciso telegrama en que el señor *Tercia una*, en forma bastante clara, que fuese á *tercia segunda* y cuanto antes me mandaba, para resolver cuestiones de un *cuarta dos* que me cansa. Arreglados mis asuntos fuí á la siguiente mañana, y en el *todo...*, caballeros! qué noches pasé más malas...

MORENO.



Cuadrado numérico

```

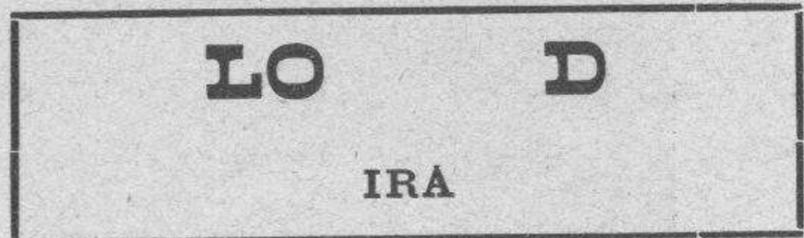
* * * *
* * * *
* * * *
* * * *
    
```

Substituir las estrellas por cifras de forma que, sumadas vertical y horizontalmente, sea su resultado 14.

M. ESCRÍJANES.



Jeroglífico comprimido



LUIS CEILÁN AMOR.



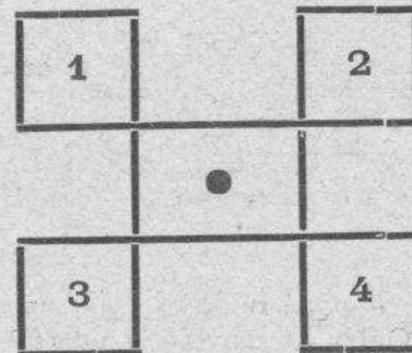
Charadas eléctricas

Nota, nota.	Todo, = tiempo de verbo.
Nota, nota.	<i>idem</i> , = en música.
Nota, nota.	<i>idem</i> , = tratamiento.
Nota, nota, nota.	<i>idem</i> , = tiempo de verbo.
Nota, nota.	<i>idem</i> , = sustantivo.
Nota, nota.	<i>idem</i> , = personaje histórico.

J. VIDAL FERNÁNDEZ.



Encasillado



Substituir las cifras y el punto, por sílabas de dos letras de manera que se lea: 1.^a, 2.^a, tiempo de verbo; 1.^a, 3.^a, hechicera; 1.^a, 4.^a, en los brazos; 2.^a, 1.^a, tiempo de verbo; 2.^a, 3.^a, vestidura; 2.^a, 4.^a, en la música; 3.^a, 1.^a, escala musical; 3.^a, 2.^a, animal; 3.^a, 4.^a, tiempo de verbo; ● y 1.^a, consonancia; ● y 2.^a, ceremonia; 1.^a ● y 4.^a, en los barcos; 3.^a ● y 2.^a, *chirlata*.

IGNACIO CANAS.

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6. — Nombre de Mujer.
- 3 4 2 5 6. — En familia
- 2 3 5 2. — Sér extraño.
- 5 6 3. — Conjunción.
- 3 4. — Negación.
- 4. — Vocal.
- 1 2. — Letra.
- 6 3 6. — Nombre de mujer.
- 3 6 5 6. — En la leche.
- 5 4 3 5 6. — Para escribir.
- 5 4 2 3 5 6. — De toros.

K. MARÁ.



Soluciones á lo insertado en el número anterior

CHARADAS. — Tea, Portera.

ROMBO. —

S
S A L
S A L I R
S A L O M O N
L I M O N
R O N
N

CHARADAS ELÉCTRICAS. — Café, Caudete, Zebedeo, Té, Cadete.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Marrano.

Correspondencia

R. J. — He leído cincuenta veces su *poesía* para ver si, corrigiéndola, me era posible complacerle. A la primer lectura me ha parecido mala; á la segunda peor, y así sucesivamente: figúrese el final: he agotado los superlativos .. y la paciencia.

Uno de San Gervasio. — Veré de aprovechar la charada.

F. G. N. — Copio con gusto el POEMITA.

«La ví, me vió, nos miramos,
nos volvimos á mirar,
y cada cual nos marchamos
por diferente lugar.»

¡Sublime pensamiento! Ni á Campoamor se le ocurre una cosa tan sencilla y profunda al mismo tiempo! Nada, joven, siga V. por ese camino; ¿quién le dice que no puede V. substituir con ventaja al autor de las Dolores?

S. C. Y. — También el IDILIO de V. tiene gracia:

«Me metí en el huerto
á buscar caracoles,
pero no eran caracoles lo que yo buscaba,
que lo que yo buscaba era á la Dolores.»

— ¡Pillín!

«¡Pero Dios, la que sentí en las costillas
al saltar por el ribazol
era que el guarda del huerto
me alumbró un estacazo
que descoyuntó las rabadillas.»

— Bien hecho, yo hubiera hecho lo propio; sólo que de tal guisa que no le queda á V. humor luego para contarle en cuartetas y quintillas modernistas. ¿Pues y qué me dice V. de eso de las rabadillas? Debe V. tenerlas á docenas como los granos en una erupción cutánea.

Un Quidam — ¿Un quidam? *Vade retro.*

Calixto. — ¿De modo que me promete V. que todo lo que me enviará, si le publico esa primer remesa, se-

rá inédito? Lo creo, aunque no me lo jure, ¡vaya si lo creol! ¡Cómo que apuesto doble contra sencillo á que no le publican, ni le han publicado, ni le publicarán en ningún periódico, sus trabajos!

S. M. B. — ¡Ay, me siento incapáz de señalarle á usted los defectos! Abundan en sus versos como los cardos silvestres.

Fray Teógenes de la merienda — No es precisamente que entre con mal pie, sinó que no dice usted nada nuevo. No sé las veces que he leído esas mismas ideas en cantares parecidos.

S. L. E. — Si no es más que eso...

«Cuántas cosas te diría
y con qué gusto las escucharas,
si yo me atreviera, niña.»

¡Atrévase usted, hombre!

Soso. — ¡Qué tino ha tenido usted para escoger y aplicarse el pseudónimo!

Alcáceres. — Siento no poder complacerles, pero es muy flojo.

R. V. O. — ¡Ya me extrañaba á mí que no salieran ustedes los poetas mareando al pobre Dreyfus! Usted inicia la serie de ripios elegiacos, quejumbrosos y llorones con un «Canto épico». ¿Canto épico á Dreyfus? Seamos compasivos: ya tiene bastante el desgraciado capitán con los martirios que viene sufriendo hasta la época.

Demonio. — Son de muy mal gusto esas sátiras políticas. Se expone usted á que lo encarcelen, no por lo que dicen, sinó por lo que no dicen: por lo malas. Además afirma que Silvela y Polavieja están á partir un piñón, sólo para cazar la consonante «turrón», y eso no lo cree ni el Nuncio.

M. E. — Se publicarán.

S. S. N. — «Entré en su casa atropellándolo todo...» Usted pertenece á un nuevo género de cuentistas: al cuentista caballo ¿no?

«Ella se desmayó; su madre se desmayó, su hermanita se desmayó...»

Negocio redondo para la farmacia más próxima.

«Se abrió una puerta y apareció la severa y majestuosa figura del padre...»

¿Severa y majestuosa? No lo creo, porque aparecería armado con una tranca ó con una camisa de fuerza. Y después de todo ese estropicio ¿dónde le llevaron á usted? ¿á la cárcel ó al manicomio?

I. C. — Muy bonitos. Se publicarán.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

Me se admiten suscripciones per menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.



La Paeta



20 cénts.

Núm. 462

